

EL PERGAMINO

Alexander Evanán Casavilca

La noche cubría la polvorienta ciudad. Sobre el cielo cenizo se perfilaban las estrellas del oriente, mientras que la luz de una vela luchaba sin tregua contra las sombras espesas y contorneaba la silueta de una ventana. Entre libros descoloridos y severos Eshio continuaba la lectura de un viejo pergamino, del cual algunas páginas, dilatadas por el tiempo, habían sucumbido al olvido.

La historia de un hombre es distinta e igual a la de todos... Y las tropas de Sultán, a mi mando, salieron en búsqueda del traidor cuando el sol se puso. El gran Solimán, mi amo y señor, me encomendó perseguirlo y darle muerte. Mi ejército estaba preparado para acometer aquella empresa con estoicismo, puesto que nadie se había atrevido a adentrarse más de unos cuantos kilómetros sobre el desierto dorado.

Jhosiam, vil puerco, consiguió escapar con unos cuantos bandidos de la cárcel de palacio donde se hallaba recluido, pero su suerte estaba echada: no durarían mucho sobre el ardiente sol que aturde y hasta, con cierto desdén, mata.

Mis hombres y yo esperamos la noche para abalanzarnos sobre la arena en busca de algún vestigio de las huellas de los fugitivos. La luna guiaba nuestros pasos que dejaban una estela etérea, como si tras nosotros otro ejército, sin rostro ni cuerpo, prosiguiera nuestra marcha infinita sobre el horizonte perdido.

El traidor no llegaría lejos, pues internarse sin provisiones en el arenal, con el inmenso disco amarillo auestas, por más de media hora, produce úlce-

ras en los órganos internos que revientan al momento y, según los sabios del reino, de entre todas las muertes es la más dolorosa.

Las primeras noches, al más ligero rumor sucedía la exaltación de mis hombres, no por sentir temor, ni mucho menos, sino ansiosos por surcar con sus espadas severas el cuerpo de Jhosiam o de alguno de sus secuaces. Pero al rayar el alba deteníamos nuestra marcha. Permanecíamos todo el tiempo bajo nuestras tiendas a la sombra de alguna elevación arenosa esperando con ansias la llegada del ocaso para, con nuevos bríos, darle caza al fugitivo.

Cierta noche, tras subir una duna del tamaño de cien jirafas, nos sorprendió una tormenta que arrasó con la mitad de mis hombres. Yo los vi elevarse hacia el cielo entre las espirales infinitas de aquel rumor gigantesco del desierto y perderse en la oscuridad insondable de la noche.

Cuando la tormenta amainó proseguimos la marcha, sin tratar de derramar una lágrima por los compañeros caídos, pues el líquido elemento es prioridad, no una opción: regla máxima del desdichado viajero del desierto.

La tormenta ocasionó que la fina arena cobrara vida y deambulara como galopante potrillo, cuyo jinete es el viento, y enceguciera nuestra marcha por tres días y tres noches. El finísimo polvo del desierto se colaba por entre nuestras blancas túnicas y nos cortaba y laceraba la piel de a pocos. Los menos fuertes sucumbían ante el escozor y usaban sus manos para mitigar la picazón que devenía en extensas llagas. Ni cuando tomé la decisión de amarrarles las manos para que les sea imposible rascarse pude solucionar el problema de la comezón, pues usaban sus cuerpos, cual perros en un árbol, para frotarse unos a otros en búsqueda de mitigar su dolor.

Mi reducido ejército prosiguió su marcha (ya habrían pasado tres meses desde que salimos de palacio) con las alforjas completamente vacías de provisiones. Tres días después de la tormenta le dimos gracias a los dioses pues sus designios nos procuraron el sustento: los cuerpos de mis compañeros que se elevaron en la oscuridad de la noche caían cuales gotas de lluvia.

Mis hombres y yo (tal vez ya misántropos) íbamos duna tras duna, estrella tras estrella, sin desfallecer en la tarea más ciclópea que hombre alguno haya acometido jamás (mienten los que afirman que un varón de Ítaca emprendió una marcha más feroz que la nuestra).

Una mañana, mientras dormía con cierta impaciencia, soñé con sangre recorriendo por los surcos de las líneas de mis manos. Al despertarme no pude ocultar que una media luna se dibujara entre mis labios pues pensé que tal vez los dioses y los astros me serían propicios al caer la noche y, por fin, el filo de mi espada saborearía la carne del traidor.

Esperé con ansias que el sol se pusiera para, después de tantas lunas, encontrar a Jhosiam, hacerle frente en combate y darle muerte. Pero no caí en la cuenta de que la impaciencia de mi gente tenía, como todo, un límite. Ellos querían mi sangre, la querían para liberarse de su misión: pobres, no dudé ni un segundo en acabar con lo poco que quedaba de mi ejército en un combate que se prolongó durante toda esa noche. Acabé exhausto, antes de caer rendido y dormir por una cantidad indeterminada de tiempo (mi cabello había crecido casi treinta centímetros cuando desperté) bajo los cadáveres de aquellos desdichados, vi la luna teñida de rojo y mis manos empapadas de color bermejo.

Cuando recobré el sentido ni el olor fétido de los cadáveres sobre los cuales estaba sepultado para guarecerme del sol me incomodaba en absoluto. Levanté la mirada y el cuerpo y eché a andar. No sé cuánto tiempo vagué, como siempre desde que se inició mi travesía, sin rumbo. Tal vez fueron días, horas o minutos. En un momento llegué a creer que había perdido por completo la facultad del lenguaje y los sentidos. Pensé que solo era un alma errante que estaba confinada a vagar por todos los confines de este desierto infinito, dorado y etéreo, como mis huellas y mi existencia.

Hasta que en medio del horizonte apareció el fugitivo, lo vi materializarse entre las ventiscas de arena. Lo reconocí sin haberlo visto nunca, pues solo dos personas en el mundo podrían estar en ese lugar tan remoto como una mentira: yo y él. Lentamente me fui acercando, arrastrando los pies como quien arrastra una condena. Se incorporó sin premura y me alargó la mano derecha. Aquel gesto me sorprendió más por lo inesperado que por lo tácito. De inmediato le arrojé una espada para batirnos a duelo. Mi corazón, curtido en estos menesteres, se mantenía calmo.

Pero nunca chocamos espada contra espada, pues cuando iba a comenzar a ponerle fin a mi travesía lanzándome sobre él para darle muerte, él me detuvo a la distancia. Me ofreció, cual hábil mercader que comercia con la vida, tres desenlaces, sin necesidad de luchar, para nuestra singular batalla.

La primera opción, él moría por voluntad propia enterrándose la filuda arma entre las entrañas con lo cual yo ganaba y cumplía con mi misión. La segunda, yo decidía morir; y la tercera, los dos moríamos...

Las últimas palabras estaban distorsionadas y fatigadas por el tiempo. Eshio acercó la vela y sobrepasó con la pluma líneas del pergamino que tenían un carácter rúnico, completamente inaprehensible para él. Sobre el papel gastado intentaba apresurar su tarea para acabar con aquella historia. Tras anotar los últimos signos cayó desplomado sobre su mesa. La muerte le había llegado: El guerrero había elegido la tercera opción y Eshio la había escrito.